

gión por algún otro tipo de intrucción que aparentemente pudiera cumplir esa función social.

F. Conesa

**Antonio HORTELANO**, *Nueva Evangelización. Ofrecer la Buena Nueva al hombre de hoy*, («Evangelización» n.º 97), ed. Perpetuo Socorro, Madrid 1991, 215 pp., 13 x 20,3.

La «nueva evangelización» continúa convocando la atención de muchos teólogos y pastoralistas, como en el caso del libro que ahora nos ocupa. La urgencia de la evangelización auspiciada por Juan Pablo II es recogida en este libro, una reflexión sobre las posibles tareas y formas pastorales en que podrían cuajar los esfuerzos de ofrecer la Buena Nueva al hombre de hoy. Este es el tema que aborda el autor, tras una introducción en que justifica la pertinencia de la «nueva evangelización». Hay que agradecer que el autor supere en este punto las polémicas, algo estériles, a las que la expresión suele abocar en algunos. Al margen de formulaciones lingüísticas, hoy existe una realidad nueva, individual y social, que está reclamando mayor incidencia del Evangelio.

El autor explica en breves capítulos la noción de evangelización, sus destinatarios; las expectativas que ha de asumir (vitales, sociales, escatológicas); el núcleo básico de la evangelización; la evangelización y su relación con la ética; con los pobres; la implantación cultural del Evangelio; las formas de evangelización y su metodología; y finalmente la comunidad evangelizadora, y el evangelizador en cuanto tal.

No se trata de una obra científica, o de diálogo teológico, sino más bien de una reflexión en voz alta, sobre los

aspectos más elementales de lo que es evangelizar. El contenido y temáticas reflejadas es, pues, muy amplio. Quizá sólo nos permitimos resaltar un punto —entre muchos otros— que nos parece de verdadera importancia en los momentos actuales.

El autor lo expone al hablar de un cierto «vitalismo» que puede dar al traste con los esfuerzos evangelizadores: «se puede correr el riesgo de colocar los valores vitales de la predicación por encima de los valores cognoscitivos, si no en teoría, sí, por lo menos, en la práctica. Como actualmente el influjo de la razón en el pueblo se ha reducido al mínimo, y como el hombre de hoy se deja arrastrar más por los impulsos vitales que por los de índole racional, existe el peligro de que los argumentos teológicos sean poco estimados en la predicación y hasta positivamente despreciados. Esto puede mover al predicador a servirse de métodos más o menos demagógicos (...). Este género de predicación se rige por el *pathos* y no por el *logos*» (pp. 46-47).

Los valores vitales tienen su lugar en la existencia cristiana; pero concordamos con el autor en que su abuso, en algunos momentos se ha dado —a nivel catequético o predicación en general—, puede llevar a un vaciamiento intelectual de la fe, con la correspondiente crisis intelectual —puesto que las exigencias racionales del ser humano reclaman sus derechos—, o bien, en el mejor de los casos, abocando una inmadurez fideísta, patente en muchos creyentes que se sostienen bajo el influjo —siempre frágil— del sentimiento, pero incapacitados para dar razón de su esperanza a quien lo pidiera. No se puede obviar la dimensión intelectual de la fe. Nos parece que el autor señala aquí un punto del que habría que tomar buena nota.

El libro tiene una redacción sencilla y comprensible; más aseverativa que

problemática (lo que en algunos momentos puede ser causa de una cierta perplejidad en el lector: por ejemplo, cuando el autor, al tratar del ecumenismo, afirma que «hay que evitar en lo posible las conversiones individuales» (p. 34): se entiende lo que el autor quiere decir respecto del proselitismo desleal; pero no parece que se pueda identificar, sin más matices, lo uno con lo otro). Quizá una cierta rapidez y simplificación ha presidido la redacción de algunos pasajes, como el que refiere la responsabilidad de los eclesiásticos en la actual situación de pérdida de valores cristianos (p. 8): es evidente que la cuestión no puede reflejarse adecuadamente en cinco líneas. La divulgación tiene sus ventajas, pero también sus inconvenientes (no siendo el menor el de solucionar los temas con valoraciones poco ateniadas al problema de fondo). Así, por ejemplo, detalles como la equívoca identificación laico=miembro del *Laos* (Pueblo de Dios) (p. 49), tiene un trasfondo mayor que el que parece advertir el autor, que lo escribe como de pasada (y contradictoriamente con la célebre cita de san Agustín que se añade a continuación: «*cristiano* con vosotros» —el Obispo de Hipona no dice «*laico* con vosotros»). El lector con cierta formación teológica podrá obviar estas y otras afirmaciones poco contrastadas —que salpican el texto aquí y allá—, con una lectura atenta.

José R. Villar

**Paolo PIFANO**, *Tra teologia e letteratura. Inquietudine e ricerca del sacro negli scrittori contemporanei*, ed. Paoline, Milano 1990, 279 pp., 14 x 21.

El Autor, Profesor de teología Dogmática en Nápoles, además de sus investigaciones más especializadas, ha cultivado un vivo interés por el arte, como «lugar teológico» donde se hace presente lo sagrado de formas muy diversas. La literatura —opina— puede ser una mediación para explicar el sentido de la vida y así entrar en diálogo con la revelación salvadora de Dios.

En este volumen recoge diversos ensayos publicados en diversas revistas —sobre todo *Asprenas*—, aunque reelaborados para dar unidad a su libro.

El interés del libro queda algo limitado, en cuanto los literatos que analiza son exclusivamente italianos y contemporáneos, no muy conocidos fuera de las fronteras de ese país: Pomilio, Doni, Parazzoli, Cacciari, Saviane. Quizá las páginas más universales sean las del primer Capítulo, dedicado al diálogo entre teología y literatura.

J. M. Odero